

casos seis años de edad, fué en ayunas y muy apenado camino de la escuela. Pasó por delante de la iglesia y viéndola abierta, penetró en la misma, y se arrodilló ante un altar. A nadie vió en el templo y por eso se puso a orar en alta voz: Señor nuestro y muy amado que estás en los cielos. Yo y mis hermanitos no tenemos de que comer. Nuestra madre no tiene pan, ni harina, ni huevos, ni nada; dános algo para comer, con lo cual ni nosotros ni nuestra madre no nos moriremos de hambre. ¡Ah, sí, ayúdanos! Tú eres rico y poderoso, tú puedes auxiliarnos fácilmente, y tú nos lo has prometido!

De esta manera oró Cristiano creyéndose solo, y después fué a la escuela. Al volver a su casa distinguió sobre la mesa un pan tan grande, una fuente con harina y un cestito lleno de huevos.

—¡Dios sea alabado—exclamó alegremente— Dios ha escuchado mi plegaria! Pero, dime, madre querida, ¿esto lo ha traído algún angelito por la ventana?

—No—dijo la madre—pero Dios ha atendido tu oración. Cuando orabas ante el altar, había por allí una señora piadosa, que no has podido ver, pero ella te ha visto y te ha oído. En su consecuencia nos ha enviado todo esto. Ella ha sido el ángel por medio de la cual Dios nos ha ayudado. Hijos, agradecedlo todo a Dios, y confiad en él, pues, cuando con fervor y piadosamente se le ruega, nunca desampara.

J. VIDAL Y JUMBERT.

ESPIGAS AJENAS

FRAGMENTOS LUMINOSOS SOBRE LA PAZ SOCIAL

(Conclusión)

Así continúa diciendo Benedicto XV en su última encíclica referente a la paz social: «Para curar las heridas de la sociedad humana es menester la mano de Jesucristo, cuya persona representaba el Samaritano del Evangelio.

Mas esta obra y ministerio (de curar heridas sociales) los reclama como propios la Iglesia que como heredera, guarda el espíritu de Jesucristo; la Iglesia, decimos, cuya vida íntegra es un tejido de variedad admirable de beneficios, pues ella, madre verdadera de los cristianos «hace y enseña suavemente a los niños, fuertemente a los jóvenes, con serenidad a los ancianos, a cada uno según su condición y edad.»

Por lo cual, Venerables Hermanos, rogamos en

las entrañas de caridad de Jesucristo que pongáis todo esfuerzo y sollicitud en exhortar a cuantos tenéis encomendados a vuestra custodia, para que depongan los odios y perdonen las injurias... Especialmente queremos que exhortéis a los sacerdotes, ministros de la paz divina, en el amor a los prójimos, recomendando a los enemigos... de manera que a todos precedan con el ejemplo y declaren guerra al odio y a la enemistad... Han de ser también advertidos y encarecidamente rogados los católicos que escriben libros, comentarios o periódicos, para que... se abstengan de falsas y vanas recriminaciones (para con sus enemigos de antes), y también de toda violencia y contumelia de lenguaje, lo cual, sobre ser contrario a la ley cristiana, puede rozar cicatrices mal cubiertas, estando tan recientes en el ánimo las heridas, que apenas puede sufrir el más leve contacto de la injuria.

Y lo que aquí a cada uno en particular amonestamos sobre el deber de practicar la caridad, queremos que lo hagan de su incumbencia las naciones castigadas por la lucha de tan larga guerra; para que, removidas en cuanto sea posible las causas de las desidias—y salvas por supuesto las razones de la justicia—reintegren la amistad y la unión entre sí. Porque no hay una ley evangélica de caridad para cada hombre en particular y otra para las ciudades y los pueblos, que al cabo todos se componen y constan de hombres particulares.

....Y así restituidas a su razonable estado las cosas, restablecido el orden de la justicia y de la caridad y conciliados entre sí los pueblos, es de desear... se ponga todo empeño para que, suprimidos o disminuidos los gastos bélicos cuya pesadumbre abrumadora no pueden ya soportar las naciones, se eviten para siempre tan asoladoras guerras o se aleje lo más posible de que las haya, y a cada pueblo se le conserve con la libertad de su gobierno, su integridad territorial, definida en sus términos justos.

Y pacificadas las naciones en el seno de la ley cristiana en cuanto de justicia y caridad hicieren, no dejaría la Iglesia que se echase de menos su actividad y su trabajo.... Preclaramente dice San Agustín: «Esta celeste ciudad (la Iglesia), mientras peregrina por la tierra, llama a los ciudadanos de todas las naciones y forma una peregrina sociedad con variedad de lenguas, no preocupándole la diversidad de costumbres, leyes e instituciones con que la paz terrena se logra o se sostiene... Ella une ciudadanos con ciudadanos, naciones con naciones y a todos los hombres, recordando a sus primeros padres no sólo en sociedad, sino en cierta fraternidad.»